

IDILIO XXV.

A todos superaba en fuerza y brío
 Faetonte,⁸ de talla gigantesca,
 Cuyo fulgor hacia á los pastores
 Parangonarlo á reluciente estrella.

Este, al mirar delante de improviso
 Del pintado leon la piel soberbia,
 Baja la frente, y al prudente Alcides
 Cornada furibunda al pecho asesta.

Hércules luego, con robusta mano
 El cuerno izquierdo al animal aferra,
 Y el duro cuello abajo retorciendo,
 Hace que el polvo dominado muerda.

Otra vez hácia atrás fuerte lo empuja,
 Seguro sobre el lomo ginetea,
 Y el toro, con los músculos tendidos
 Sobre los piés de nuevo se endereza.

El mismo Rey y su hijo belicoso
 A tal hazaña estupefactos quedan,
 Y á los vaqueros todos maravilla
 Del hijo de Anfitrión la fuerza inmensa.

Unidos dirigiéndose á la Corte,
 De la feraz campiña ya se alejan
 Alcides tras Fileo; y el viñado
 Frente al establo raudos atraviesan.

IDILIO XXV.

Al camino real por senda bajan
 Entre las parras discernible apénas,
 Y de Augías el hijo así platica
 Al de Jove, volviendo la cabeza:

“Há tiempo que tu fama á mis oídos
 Llegó, si mal mi mente no recuerda,
 Porque de Argos aquí nos vino un jóven
 De Hélice,⁹ el puerto de la costa Aquéa.

“Y á multitud de atónitos Epeos
 De un Argivo narró, que en su presencia
 A un montaraz leon matado habia
 Que desolaba la comarca entera.

“Albergue del leon era en el bosque
 De Júpiter Nemeo una caverna,
 Y no recuerdo ahora si en Tirinto
 El matador moraba ó en Micenas.

“Vástago, sí, del inclito Perseo
 Lo declaró sin duda; y yo creyera
 Que nadie sino tú consumir pudo,
 De los Egialenses tal proeza.

“Esa espléndida piel con que te cubres,
 Tus gloriosas hazañas bien revela:
 Ea, héroe: declara sin ambages
 Si es ó no es acertada mi sospecha.

IDILIO XXV.

“Dime si tú eres el varon famoso
Que aquel Aquéo de Hélice dijera:
Dínos cómo al leon mataste, y cómo
A la húmeda llegó, region Nemea.

“No es posible aquí ver fieras tamañas,
Que en el Peloponeso no se internan,
Y solo se hallan osos, jabalíes
Y de los lobos la voraz ralea.

“Por eso entónces la veraz historia
A muchos asombró; y otros conseja
La reputaron de viajero ocioso
Que con mentiras complacer anhela.”

Diciendo así, de en medio del camino
Se aparta, á que mejor entrambos quepan,
Y de Hércules al lado se coloca
Para que oír más fácilmente pueda.

Y así habla Alcides: “Vástago de Augías,
Permíteme que deje sin respuesta
Tu primera pregunta; porque ha sido
Tu fácil conjetura verdadera.

“Con respecto al leon, será tu justa
Curiosidad en todo satisfecha,
Exceptuando el lugar de donde vino
A desolarnos la gigante fiera.

IDILIO XXV.

“Aunque muchos Argivos lo indagaron,
Uno solo no he visto que lo sepa:
Un dios lo envió quizá, los sacrilegios
A vengar de la gente Foronesa.”

“A guisa de torrente desbordado
De Pisa devastó las ricas tierras,
Y más terribles males padecieron
Las rayanas comarcas Bembineas.

“Esta fué la primera entre las doce”
Que Euristeo me impuso árduas empresas
Seguro que la vida dejaria
Entre las garras del leon tremendas.

“Mas yo me armé de un arco bien templado
Y mi carcax llené de agudas flechas;
Y una sólida clava, de tamaño
Grande asaz, empuñé con la derecha.

“De agreste oliva un tronco la formaba
Bien largo, sin pulir, y con corteza,
Que en el sagrado monte de Helicon
Con raíces y todo, arranqué entera.

“Emprendí mi camino. A do vagaba
El leon formidable llegué apénas,
Cuando la cuerda até al flexible cuerno
Y puse la mortífera saeta.

IDILIO XXV.

“La vista en derredor giré acechando
Al mónstruo asolador por donde quiera:
Era ya mediodía, y ni un rugido
Percibir se podía, ni una huella.

“En vano quise preguntar: ni un hombre
Con los bueyes hallé. Todas desiertas
Las labores estaban: retenia
El pánico al pastor en su vivienda.

Pero del monte, al fin, por la espesura
No fueron vanas mis frecuentes vueltas,
Y no torné sin ver á la alimaña
Y medirme con ella en lucha horrenda.

“Harto de carne y sangre, ya de tarde
Regresaba el leon á su caverna;
La sucia barba en torno se lamía
Y sangre destilaba la melena.

“Era torva su faz: de la matanza
Ostentaba su pecho rojas señas.
Al verlo me oculté entre los arbustos
Y firme lo aguardé tras una peña.

“Al acercarse, á su siniestro lado
Una saeta disparé certera.
En vano: el hierro penetrar no pudo;
De rechazo cayó sobre la yerba.

IDILIO XXV.

“El leon se detuvo estupefacto;
Levantó la cabeza amarillenta;
Miró en redor, y los horribles dientes
Terrífica mostró su boca abierta.

“El tiro errado me irritó en extremo,
Y airado disparé segunda flecha,
A la mitad del pecho dirigida,
Donde el pulmon del animal se encierra.

“Mas penetrar el cuero ni ésta pudo
Y á sus plantas cayó sin abrir brecha:
Trémulo de furor, de nuevo el arco
Me aprestaba á tender la vez tercera,

“Cuando volviendo en derredor los ojos
Me descubrió la fiera gigantesca,
Y enredando á las piernas la gran cola
Se preparó rugiendo á la pelea.

“El cuello todo se le hinchó de rabia,
De furor enrizóse la melena;
Y doblándose el lomo, el espinazo
Se le encorvó de un arco á la manera.

“A semejanza de hábil carroceros
Que para hacer la giratoria rueda
Al fuego pone, y tuerce poco á poco
El ramo dócil de silvestre higuera;

IDILIO XXV.

“Y méintras dobla el calentado ramo
Aún cubierto de áspera corteza,
Se escapa de sus manos de improviso
Y léjos salta con atroz violencia;

“Así el leon, con ímpetu indecible
Desde léjos venir fiero se deja,
Y sobre mí lanzándose de un salto
Con mi carne feroz se saborea.

“Con una mano yo mis dardos tomo
Y el doble manto que de mi hombro cuelga;
Sobre las sienes del leon con la otra
Levanto con furor mi clava horrenda

“Y golpe tal descargo, que de oliva
El áspero troncon, se raja y quiebra
En dos pedazos, la cabeza hirsuta
Al quebrantar de la indomable fiera.

“Antes que llegue yo, precipitado
Cae de la que pisa árida peña;
Sobre las piernas trémulo vacila,
Con inquietud agita la cabeza;

“Que al sacudir los sesos dentro el cráneo
Ambos ojos cubrió fúnebre niebla,
Y yo al mirar que de dolor desmaya,
Antes que en sí el leon de nuevo vuelva,

IDILIO XXV.

“Arco y carcax inútil arrojando,
Del no domado cuello con presteza
Busco el vital tendon; fuerte lo hiero
Y en sofocar esfuérmome á la bestia.

“Y para que sus garras no destrocen
Mi carne, entrambas manos delanteras
Sujeto por detrás, y clavo al suelo
Sus piés robustos con mis propias piernas.

“Y montado sobre él, mi pecho fuerte
Al animal oprime, y lo sujeta
Hasta que al fin exánime lo miro
Y mis nervudos brazos ya lo sueltan.

“El cuerpo inerte del leon levanto
Miéntras su horrendo espíritu las puertas
Del Averno traspasa: y aún me aguarda
Otra difícil y última tarea.

“Porque á arrancar la piel del gran cadáver
No alcanza mi vigor ni mi destreza;
Que ni cede á los golpes de mi maza,
Ni el pedernal ni el hierro le hacen mella.

“Entónces algun númen me sugiere
El desgarrarla con sus uñas mismas:
Fácil la arranco; vístola; y ahora
Contra Marte heridor es mi defensa.

IDILIO XXV.

“Del Nemeo Leon, que tanto daño
Acarreó á los hombres y á las bestias,
Tal, amigo, fué el fin. De su exterminio
Has oído la historia verdadera.”



IDILIO XXVI.

LAS BACANTES.

ARGUMENTO.



ARRASE la muerte de Penteo, rey de Tébas, á manos de su propia madre y sus tías, que celebraban frenéticas las fiestas de Baco. Ovidio trae la misma historia en el libro 3º de las Metamorfosis.

Ino bella, Autonóe, y Agave!
De mejillas cual pomos rosadas,
Hacia el monte conducen formadas
Tres falanjes, 2 pues ellas son tres.
Y con hojas de encina silvestre,
Con humilde gamon y con hiedra
Doce altares adornan, de piedra,
En un campo sin flor ni ciprés.